CARLOS AURENSANZ

# EL TEJIDO DE LOS DÍAS

Un taller de costura, un romance prohibido y un secreto familiar.

Zaragoza, 1950. La joven Julia llega a la ciudad sola y embarazada, fruto de una relación prohibida con un hombre que acaba de morir. Aunque conoce las dificultades que entraña ser una mujer en sus condiciones, el deseo de labrar un futuro digno para su hijo la lleva a montar un salón de alta costura, con la ayuda de Rosita, una joven modista.

Atraídas por su talento, las mujeres de las familias más adineradas de Zaragoza no tardarán en frecuentar el taller para admirar las modernas telas y los vestidos más glamurosos de la época. Será así como Julia conocerá a la familia Monforte y las vidas y los anhelos de quienes trabajan para ellos: el portero, las doncellas, el chofer, la institutriz y la cocinera que, en esos días, se convertirán en su familia.

Mientras Julia intenta esconder el pasado del hombre al que amó y construir un futuro para su hijo, un secreto inconfesable que se había estado oculto durante generaciones en la mansión de los Monforte saldrá a la luz y cambiará para siempre la vida de sus habitantes.

Carlos Aurensanz se consagra como uno de los narradores más talentosos de nuestro país en esta novela en la que, de igual manera que las hebras se entrecruzan en la urdimbre de las telas, la vida cotidiana de los personajes se entrelaza para dibujar el tapiz de una gran historia.

*A todos los hombres y mujeres que protagonizaron una época, que nacieron con una guerra civil, que crecieron en una España gris y sin libertad. Levantaron un país con su esfuerzo, lucharon para traer de regreso la democracia y dieron vida a la generación que mejor ha vivido en nuestra Historia.*

*Hoy apuran sus días en medio de una nueva tribulación, tristes otra vez, separados de los suyos por una maldita pandemia.*
*A nuestros padres y a nuestros abuelos.*

# PRIMERA PARTE

## *1950*

# 1

*Miércoles, 18 de enero*

Apenas había dado unos pasos sobre los adoquines, los necesarios para alcanzar el bordillo de la acera, y Julia ya echaba de menos el calor del tranvía que la había llevado hasta allí, un calor que le había parecido excesivo, pero al que ansiaba regresar. Subir de nuevo a aquel traqueteante carromato eléctrico para emprender el camino de vuelta significaría que, mejor o peor, había superado el trance al que se enfrentaba. Solo tres mujeres habían llegado con ella al final del trayecto, y las tres se apresuraban a buscar el amparo de los muros del camposanto, arrebujadas con sus ropas de invierno, de muy distinta factura, cuyo único rasgo común era el color del luto. Al disponerse a seguirlas, reparó en que el conductor, que se había apurado a cerrar las puertas, las observaba alejarse, de pie junto a su asiento. Para él, pensó Julia, serían cuatro las viudas que aquella mañana heladora habían llegado al cementerio de Torrero para visitar a sus deudos. Se subió las solapas del grueso abrigo de paño negro, se ajustó el pañuelo del mismo color que le cubría el cabello y apretó el paso para no perder de vista a las otras mujeres mientras el cierzo desbocado le arrojaba contra las piernas las últimas hojas del otoño. Se maldijo por haber olvidado los guantes en la maleta al salir del hotel, pues la mano izquierda que sostenía el bolso no iba a encontrar el relativo alivio del que disfrutaba la diestra dentro del bolsillo.

Utilizó la puerta más cercana para acceder al camposanto y comprobó que las tres viudas se dirigían con decisión, cada una por su lado, al mar de nichos y sepulturas. Comprendió que en su caso lo más sensato sería buscar a al-

guien que pudiera darle cuenta de lo que buscaba, de forma que avanzó por el vial central. El Andador de Costa, cuyo nombre se anunciaba en llamativos carteles, la condujo hacia el sur entre manzanas de nichos que se sucedían de manera interminable. A lo lejos divisó algunos visitantes que parecían afanados limpiando lápidas. Llegó al límite opuesto del cementerio sin encontrar a nadie con quien cruzar palabra, pero su mirada quedó atrapada en una montaña artificial de escarpadas rocas sobre la que destacaba una reproducción en mármol de un templo que recordaba al Partenón de Atenas. Se trataba sin duda de un magnífico mausoleo, y el epitafio situado a un lado le sirvió para satisfacer su curiosidad y para explicarse el nombre del andador por el que había llegado: «Aragón a Joaquín Costa, nuevo Moisés de una España en éxodo. Con la vara de su verbo inflamado alumbró la fuente de las aguas vivas en el desierto estéril. Concibió leyes para conducir a su pueblo a la Tierra Prometida. No legisló».

Pensativa, se disponía a rodear el monumento cuando un hombre en ropa de faena atravesó el espacio entre dos manzanas de nichos cercanas. Se apresuró en su busca. A medida que reducía la distancia, comprobó que iba provisto de una gruesa zamarra de cuero encima del mono azul y de una boina que no evitaban la sensación de frío, a juzgar por su aspecto aterido. El hombre se descubrió la cabeza al entrar en una pequeña capilla y Julia se acercó dejando que las pisadas sobre la gravilla advirtieran de su presencia. El interior estaba en penumbra y el contraste con la mañana luminosa le impidió apreciar nada que no fueran sombras.

—Buenos días. ¿Hay alguien? —se anunció—. ¿Se puede entrar?

—¡Pase! —respondió una voz grave que denotaba cierto disgusto.

Al poco Julia consiguió percibir un diminuto altar en lo alto de un escalón y tres bancos corridos a sus pies. Dos ci-

rios ardían en los extremos y el hombre se había acercado a uno de ellos.

—Es la única forma de calentarse un poco las manos —explicó a modo de disculpa—. Los dedos se agarrotan con este jodido cierzo y no hay manera de trabajar ahí afuera. ¿A quién busca?

Los ojos de Julia empezaban a adaptarse a la penumbra y pudo distinguir los rasgos rudos y demasiado ajados de un hombre que apenas rondaría los cincuenta. Su mirada, sin embargo, parecía noble y su actitud, servicial tras la incomodidad del primer momento.

—Busco una sepultura —respondió y abrió el bolso y removió en su interior. Extrajo una hoja de periódico doblada —. Es posible que si le muestro esto lo recuerde.

El hombre se frotó las manos con energía para terminar de calentarlas, cogió la boina que había dejado sobre el altar y se dirigió a la puerta por el pasillo lateral opuesto.

—Venga aquí, a la luz del sol podremos ver algo —le pidió al tiempo que se llevaba el índice a un ojo y negaba con la cabeza—. La vista, que empieza a fallar.

El viento arremolinaba las hojas en el pequeño atrio de la capilla y hacía que algunas se colaran en el interior. Julia se acercó a él, interrumpiendo su empeño de sacarlas afuera con el pie, y desplegó ante ambos una portada del *Heraldo de Aragón*. Percibió un olor acre a sudor cuando el enterrador se inclinó hacia la foto que le señalaba, en el centro del pliego, inmediatamente por debajo de la noticia principal.

—¿Lo recuerda? Fue enterrado aquí al día siguiente, el 23 de diciembre.

—¡Como si fuera ayer! Era un viernes. Ha tenido usted suerte: yo mismo preparé la sepultura —respondió satisfecho sin pararse a pensar. Un instante después, sin embargo, frunció el ceño y su semblante se nubló—. ¿Qué la une a ese hombre? Lo capturaron los de la Policía Armada, era un fugitivo, según dijeron. Aquí mismo lo pone.

—Digamos que era un buen amigo de mi familia —respondió evasiva tras una pausa—. No crea usted todo lo que escriben en el periódico.

—¿Y en qué habremos de creer, si no? —Alzó las cejas e irguió el cuello, al parecer extrañado por la osada observación.

—Olvídelo. Solo quiero averiguar dónde reposa. Es un encargo de sus allegados al saber que yo viajaba a Zaragoza.

—En ese caso, acompáñeme, señorita —resolvió, tras echar un fugaz vistazo a las manos que aún sostenían el periódico en busca de un anillo de casada que no existía—. Ya puede usted embozarse bien, porque con este cierzo van a echar a volar hasta los angelotes de alabastro. —Y él mismo se levantó el cuello de la zamarra y se reía con su comentario.

Caminaron entre hermosas sepulturas que parecían competir en la calidad de los ornatos y en el tamaño de los conjuntos escultóricos. El enterrador hizo ademán de detenerse junto a alguno de ellos, pero desistió pronto al ver que Julia se adelantaba, por lo visto más interesada en llegar cuanto antes a la tumba que buscaba. Atravesaron una vaguada con enterramientos más modestos antes de llegar al borde de una senda donde se alineaban una decena de túmulos a todas luces cavados en la tierra. Algunos estaban coronados por viejas cruces de hierro o de piedra, con esmaltes ovalados que recordaban al finado con imágenes descoloridas. Otros, sin embargo, se contentaban con una humilde cruz de madera, y las menos, las más alejadas, aquellas que apenas destacaban sobre el suelo cubierto por el verdín, carecían de cualquier señal. Sobre estas últimas, las ramas nudosas de un par de acacias semejaban dedos de viejo que señalaran al cielo.

El enterrador titubeó entre dos sepulturas contiguas, pero enseguida se decidió por una de ellas. No tuvo que

indicar nada porque Julia se había detenido a sus pies tras leer el nombre escrito de forma tosca en la madera.

—Es provisional, por supuesto, a la espera de que algún familiar se acercara —se justificó el hombre—. Utilicé el hoyo que había quedado libre por un traslado. El cementerio anda muy escaso de espacio y hay que aprovechar el que se tiene. Como no empiecen pronto la ampliación vamos a tener que enterrar de dos en dos.

Se trataba de una de las sepulturas con una cruz claveteada, sobre la que alguien había inscrito el nombre y la fecha del óbito con un simple lápiz de carpintero. A pesar de que no había transcurrido ni un mes, el negro del carboncillo se veía ya desvaído por el sol y por la humedad invernal, y solo la mella en la madera permitía leer los caracteres con claridad.

—Yo me haré cargo —anunció Julia—. Me ocuparé de que se coloque una lápida, si es usted tan amable de indicarme una dirección donde hacer el pedido. —De nuevo echó mano al bolso, esta vez para sacar un monedero. Accionó el resorte, tomó dos pesetas y se las tendió—. Ha sido una gran suerte dar con usted a la primera.

—No es necesario, señorita, pero se agradece —respondió mirando satisfecho las monedas en la mano abierta —. Tiene usted el taller de un buen marmolista algo más abajo de la parada del tranvía.

Julia asintió con el gesto.

—Me acercaré al salir —aseguró—. Ahora, si no le importa, me gustaría estar un rato a solas.

—Desde luego, yo ya no pinto nada aquí. —Se dio la vuelta al tiempo que se metía las dos pesetas en el bolsillo de la zamarra y se calaba la boina hasta las orejas—. Volveré para arrancar esas malditas acacias, nacen por todas partes. Y abríguese bien, señorita, a ver si con este frío lo que acaba haciendo usted es una visita a la morgue.

Julia no respondió a la última gracia del sepulturero. El nudo que empezaba a sentir en la garganta le impedía son-

reír siquiera. Observó al operario alejarse, oponiendo su cuerpo inclinado frente a las rachas de viento, con la mano izquierda apoyada en la boina. Parecía haber esperado aquel momento con las emociones contenidas, pero, una vez sola, la catarata retenida de sentimientos se precipitó desbocada. Se dejó caer sobre el verdín sin pensar en que podría arruinar el abrigo y las tupidas medias, y lloró con desconsuelo, la barbilla hundida en el pecho y las manos apoyadas en el vientre, hasta quedar aterida, casi yerta, por el cierzo y la prolongada inmovilidad.

Reaccionó con sobresalto al sentir una suave presión en el hombro.

—Disculpa, muchacha —oyó a su espalda al mismo tiempo.

Se volvió con los ojos aún empañados y el sol intenso terminó de deslumbrarla. Entumecida, a punto estuvo de perder el equilibrio al tratar de levantarse, pero sintió que una mano la sujetaba por el brazo con delicadeza.

Julia consultó de manera fugaz la diminuta esfera de su reloj de muñeca y comprobó con pasmo que había transcurrido más de media hora.

—¿Desea algo? —balbució extrañada cuando distinguió los rasgos de la mujer que le hablaba. Se trataba de una anciana de aspecto candoroso que se sumaba al luto de las mujeres que había visto desde su llegada al cementerio. Solo algunas hebras de cabello muy blanco escapaban por ambos lados de la cara a la presión del pañuelo con que se cubría. No mostraba signos de haber llorado recientemente y, sin embargo, las abultadas bolsas debajo de los ojos enrojecidos le proporcionaban una expresión de profunda tristeza, desmentida por la sonrisa amable que dibujaban sus labios. De inmediato sintió un calambre de afecto y ternura por aquella mujer desconocida.

—Llevas demasiado tiempo ahí, cariño. Vas a coger una pulmonía —le advirtió con dulzura—. En tu estado deberías cuidarte.

Julia la miró desconcertada. Tal vez el consejo la había hecho ser de nuevo consciente del frío intenso y sintió que se agitaba con un agudo temblor.

—¿Cómo sabe…? —acertó a balbucir.

—¡Ay, hija mía! Muchos años de comadrona me han enseñado a distinguir de lejos a una mujer embarazada. La manera de caminar, los rasgos cambiados, la forma en que os lleváis la mano al vientre… Cada vez que veo una, vuelve a despertar mi instinto. —La anciana, sonriente, le acercó la mano y la apoyó sobre su abrigo—. Cuatro meses escasos, ¿me equivoco?

Julia asintió despacio, aún confundida.

—Miguel… ¿es el padre, pequeña? —inquirió con un atisbo de emoción, señalando a la sepultura—. Por la edad…

De nuevo las lágrimas acudieron a los ojos de Julia, pero esta vez los brazos de la anciana se apresuraron a acogerla. Sintió su calor tibio y un perfume dulzón mientras le apretaba la cabeza contra su hombro izquierdo y algo la indujo a dejarse ir y a derramar las lágrimas sobre el paño ajado de su abrigo. Después de todo, aquella desconocida era la segunda persona en el mundo que conocía su futura maternidad. Si algún consuelo le quedaba era recordar que el hombre que había amado y que reposaba bajo aquella tosca cruz de madera había vivido sus últimos días con la certeza de que iba a ser padre.

# 2

*Viernes, 20 de enero*

Si algo la torturaba era la soledad forzada que arrastraba, y el cielo plomizo que aquella mañana divisaba desde la ventana de su habitación en el Hotel Continental no la ayudaba a mejorar su estado de ánimo. Dejó recogida la cortina de terciopelo marrón para permitir la entrada de la luz de la calle, pero resultaba tan escasa que desistió de su intención inicial de apagar la lámpara eléctrica. Se estremeció dentro de su bata, y se calzó las zapatillas antes de salir del rectángulo alfombrado hacia el suelo de baldosas de motivos geométricos que se resistía a captar el calor de la estancia. Alcanzó el primer cajón de una pequeña cómoda y apartó la hoja doblada del *Heraldo*. Tomó el pliego que había debajo y se sentó con él en uno de los dos viejos sillones, tapizados ambos con el mismo terciopelo de las cortinas. Apretó el papel contra su vientre y suspiró hondo con los ojos entrecerrados tratando, una vez más, de contener las lágrimas que pugnaban por brotar cada vez que regresaba a su memoria el momento en que Miguel garabateó aquellas letras. Cien veces desde aquel día había bendecido su decisión de hacerlo, consciente de la amenaza que se cernía sobre él. Aquella apresurada declaración de paternidad, firmada poco antes de emprender su último viaje, era el único nexo entre la criatura que crecía en su vientre y el padre que jamás llegaría a conocer.

Las voces que le llegaban de la calle, los sonidos procedentes del corredor donde se afanaba el servicio de habitaciones y el lejano traqueteo de los tranvías le recordaban que estaba inmersa en la vida de una gran ciudad, una urbe llena de amenazas para una mujer sola, pero también de

posibilidades que debería salir a buscar. El tiempo de duelo que se había concedido llegaba a su fin y la decisión de buscar un futuro para su hijo era tan firme como la evidencia de que las semanas pasaban inexorables y ya no podría disimular más la hinchazón de su vientre.

Cuando la desesperación pugnaba por apoderarse de su ánimo, se obligaba a recordar que su situación mejoraba mucho por el hecho de no carecer de recursos. Sentía escalofríos cada vez que se imaginaba sola en Zaragoza, embarazada y sin medios para subsistir. Afortunadamente, no era así. «Es usted una mujer rica, señorita Casaus», le había dicho el notario de Tarazona tras examinar la cartera de documentos que Miguel le había entregado antes de marchar. Esto le abrió al menos la puerta de la tranquilidad económica cuando todas las demás se habían cerrado de golpe al leer el *Heraldo de Aragón* la mañana del 22 de diciembre.

El alivio que experimentaba al recordar la pequeña fortuna que Miguel le había dejado se tornaba en zozobra al comprender que el dinero no lo compra todo, y mucho menos los apellidos de un hijo recién nacido. Las miradas suspicaces que empezaba a percibir la habían llevado la víspera a adquirir la sortija que lucía en el anular; pero aquel no era el anillo de una mujer casada. Su relación con Miguel había sido necesariamente clandestina por la imposibilidad de legalizarla ante el altar.

Le resultaba difícil asimilar que solo hubieran transcurrido unas pocas semanas desde que, tras la primera falta, las noches de ambos se prolongaran hasta el amanecer, imaginando un nuevo proyecto de vida en común en el que tuviera cabida el hijo que suponían en camino. Y lo habían hallado, y aquellas conversaciones después de hacer el amor, arrebujados desnudos bajo las mantas, se habían convertido en una sucesión interminable de ocurrencias, intenciones y sueños que a ratos les despertaban la risa y a ratos, la duda, el temor y el desasosiego. Se trataba en cualquier caso de un proyecto que tendría un escenario

muy alejado de Tarazona y, por ello, Miguel, entre bromas y risas, se había empeñado en empezar a hablarle en francés, la lengua que ella iba a tener que aprender por necesidad. Pero mientras Julia trataba de repetir aquellas primeras frases que él silabeaba despacio, no contaban con la realidad que el destino les deparaba, y que tomó forma muy poco después, aquel desventurado día de diciembre.

Temía dejarse llevar por las ensoñaciones y evocar aquellos breves días de ilusión, porque a continuación, de manera inevitable, llegaba el brutal choque con la realidad de aquella habitación desolada y solitaria. Con un esfuerzo de voluntad, se obligó a desechar los recuerdos que la asaltaban. Tragó saliva para tratar de aliviar el regusto amargo en la boca, pero de poco le sirvió. Con lentitud se incorporó, dobló con cuidado la hoja manuscrita por Miguel y la metió de nuevo en el cajón donde guardaba el resto de los documentos. Después volvió a acercarse a la ventana, empañada más por el frío intenso del exterior que por el calor de la estancia. A través del vaho observó el discurrir de la vida cotidiana de los zaragozanos. Las cestas casi vacías y los pómulos hundidos de muchas de las mujeres daban cuenta de la dificultad para llenar los platos con algo que no fuera lo que proporcionaban las cartillas de racionamiento. Observó a un joven agacharse a recoger con disimulo la colilla de un cigarro que acababa de arrojar al suelo un cliente del hotel. Tal vez más tarde en el Hogar del Productor desmenuzaría varias como aquella para liarse el único cigarro del día. Volvió a pensar que ella misma podría haberse visto en aquella situación, y eso le proporcionó el impulso necesario para ponerse en marcha.

Lo primero que se había propuesto era buscar una modista que le cosiera ropa más amplia, que ya empezaba a necesitar. Le costó más de lo normal inclinarse para ponerse las medias que le abrigarían las piernas aquella mañana, después guardó un pañuelo limpio en el bolso y comprobó que la cartera estaba dentro antes de asegurar el cierre. Se

sentó ante el pequeño espejo para darse una pizca apenas perceptible de color en la cara, se ajustó el pañuelo a la cabeza y calzó sus zapatos de tacón más bajo en previsión de una posible caminata. Cuando estuvo lista, se echó un último vistazo, tomó el abrigo y los guantes y pulsó el interruptor de la luz antes de cerrar la puerta tras de sí.

Se levantó las solapas al asomar al paseo de la Independencia, pero desechó la idea de tomar el tranvía a pesar de la brisa helada. Pensó que apretar el paso la haría entrar en calor y avanzó por los soportales de la avenida, para evitar el arbolado del paseo central, más expuesto a la intemperie. Las bocinas, los motores de los vehículos y el sonido de los neumáticos sobre el adoquinado, los timbres de las bicicletas, las voces de quienes compartían la protección de aquellos porches y el chirriar del tranvía de la línea 5 que en aquel momento pasaba a su lado conformaban un bullicio que, lejos de incomodarla, le hizo sentirse arropada y protegida. Observó a numerosos fieles que se dirigían con pasos apresurados a la cercana iglesia de Santa Engracia, y superó el acceso al edificio del *Heraldo de Aragón* y los llamativos carteles del Teatro Argensola. En la esquina con la calle de Zurita una mujer menuda y enlutada la abordó de forma subrepticia, levantó el chal bajo el que ocultaba una cesta de mimbre y trató de venderle los huevos que le mostraba.

—A once pesetas la docena, señorita —le espetó—. Por ser usted.

—No tengo dónde hacerlos —respondió sin detenerse.

—¡Azúcar! Un kilo, diez pesetas —insistió ya sin esperanza.

Julia siguió su camino en busca de la plaza de España, donde el bullicio parecía concentrarse bajo los carteles luminosos que remataban las azoteas. Allí confluían las líneas más frecuentadas del tranvía y los bancos alzaban sus soberbios edificios en abierta rivalidad con el palacio de la Diputación y con los inmuebles que albergaban despachos